

**ANTONIO SÁEZ ESPLIGARES, MAESTRO**

**Antonio M. SÁEZ ROMERO**

Universidad de Sevilla, Departamento de Prehistoria y Arqueología, Facultad de Geografía e Historia, Calle Doña María de Padilla s/n 41004, Sevilla  
Correo electrónico: asaez1@us.es

Como el lector podrá fácilmente imaginar, mi afecto por el homenajeado en este volumen de la revista va mucho más allá del cariño que uno puede tener por sus colegas de fatigas profesionales (que en Arqueología no suelen ser pocas, y unen mucho). He tenido la suerte de que a lo largo de casi veinticinco años mi padre y yo hemos compartido no sólo las vivencias personales corrientes, sino también una estrecha relación de formación y colaboración en innumerables empeños arqueológicos. Mi deuda de aprendizaje con él no es cuantificable, y no sabría decir cuáles han sido las enseñanzas más decisivas que me ha transmitido y que han marcado mi carrera hasta ahora, puesto que son muchas y muy variadas. Habrá quien señale seguramente a la inmersión en el día a día de los museos; otros apuntarán al baño de realidad que supone el enfrentar la tutela e investigación del patrimonio arqueológico urbano; o el reto que representan la organización de eventos científicos y de difusión social; incluso otros colegas apuntarán seguramente a su magisterio en el terreno de la representación gráfica de los materiales arqueológicos (herramienta indispensable sin la cual, en efecto, no se entenderían mis progresos e inquietudes investigadoras). Todo eso queda en un segundo plano si atendemos a sus aportaciones en la faceta más personal, al modelo transmitido a partir de su infinita capacidad de diálogo, y al trato siempre amable con propios y extraños al frente del museo municipal o envuelto en los múltiples líos académicos de los cuales lo hemos hecho parte. Esta es sin duda una parcela, la personal, en la cual no he podido aún alcanzar ni de lejos sus logros. En una profesión como la nuestra, llena de toxicidad, egos y mediocridad revestidas de ilustres cargos y disimulados con “impactos”, mi padre siempre ha seguido una línea reconocible, manteniendo la fe en las personas y siendo un rayo de esperanza en cuanto a honestidad y humildad se refiere, huyendo de los focos y las medallas, política vital a la que he procurado dar continuidad en la medida que este mundo académico-administrativo cada vez más agresivo y competitivo (o menos cooperativo) me ha dado oportunidad.

Cuando se habla ahora de la falta de vocación de nuestros alumnos, de la poca motivación que en general muestran las nuevas generaciones por el pasado, por los clásicos y por el patrimonio, siempre me acuerdo de los muchos dibujos y apuntes de su época de adolescente que he podido, muchos años después, atesorar y ojear de vez en cuando. Sin duda mi padre podría ser un ejemplo de todo lo contrario: un chico que desde muy jovencito ya tenía, en los años setenta del siglo XX, inquietudes muy claras hacia el estudio arqueológico del pasado. Como era frecuente en aquella época no pudo canalizar estos intereses a través de una carrera universitaria pero sí de una sólida formación de campo y de una relación estable con el museo arqueológico provincial (y con queridos colegas como Francisco Giles Pacheco o Francisco Gheresi) que terminaron de dotarlo de firmes cimientos para desenvolverse en excavaciones, laboratorios, o entre vitrinas, productos de restauración o eventos de difusión. No me parece casualidad que justo el año de mi nacimiento mi padre participase en los hallazgos más importantes de uno de los momentos de mayor apogeo de la arqueología gaditana del siglo XX, siendo uno de los primeros en descender a los vomitorios del teatro romano, excavando y restaurando el sarcófago antropoide femenino y tomando parte en el traslado de la estatua de Trajano desde Baelo Claudia al museo provincial. Los primeros pasos de la prehistoria de La Caleta, los inicios de la arqueología barbateña, algunas famosas pinturas rupestres de la provincia o el conocido santuario de La Algaida, entre otros, tienen también ese mismo sello. Como otros miembros de esa excepcional generación salida del museo provincial a inicios de los ochenta, ha marcado la arqueología provincial desde el segundo plano y el silencioso buen hacer cotidiano de los museos locales, sentando las bases de una historia isleña que no sería igual sin él y ayudando a no pocos en las tres últimas décadas a dar el salto desde la afición hasta la profesión.

Concebir y coordinar este volumen, pero sobre todo escribir estas líneas, ha sido un viaje por la memoria y las emociones. Repasar documental y mentalmente la carrera de mi padre me ha obligado lógicamente no sólo a contactar con colegas y amigos, sino también a desempolvar muchos recuerdos de la infancia, la adolescencia y de los últimos veinte años de andadura conjunta. Están aún muy vivas las imágenes de, cuando aún era muy pequeño, las salidas al campo al Tajo de las Figuras, a dólmenes de la sierra gaditana, o el corretear entre las terreras de las excavaciones de 1987 en Torre Alta, que entonces era un área casi rural de San Fernando, y también de las largas tardes en la hoy infravalorada Casa de la Cultura, donde se gestó el museo municipal y tuvieron sus primeros contactos con la disciplina un buen grupo de colaboradores. Con algo más de edad, en torno a los 10 años, recuerdo también con mucho cariño acompañar a mi padre, al profesor Ramos Muñoz y a grupos de (entonces) estudiantes de Prehistoria de la Universidad de Cádiz a prospectar el término municipal, y en especial la zona de El Estanquillo, el Cerro de los Mártires y el entorno del cuartel, y cómo iban apareciendo en las por entonces aún abundantes huertas fragmentos de sílex tallados. Me acuerdo bien además de recorrer las misteriosas bóvedas del ayuntamiento en las cuales se instaló en 1989 la primera versión del museo, y de la mudanza del mismo en febrero de 1996 al edificio de la calle Real 63. De esos primeros años junto al Deán, enfrente de Los Gallegos, me vienen a la mente imágenes de los entonces anualmente activos Encuentros de Historia y Arqueología, con sede anualmente en la Casa de la Cultura, de llenarnos de fango gris hasta la rodilla excavando ánforas romanas en las marismas de Los Cargaderos, o de visitar o participar en muchas excavaciones de hornos cerámicos púnicos que se sucedieron antes del 2000, con un especial recuerdo de los espectaculares hallazgos de Camposoto (y de la labor que allí desempeñaron colegas como Curro Gherzi o Juan Montero Busto). Desde entonces, cursando ya la licenciatura, o después, las colaboraciones puntuales pasaron a ser sistemáticas y el museo se convirtió en una prolongación de nuestra casa común, pasando allí ambos casi más tiempo que en aquella. Mi padre me dio la oportunidad de participar en esos años clave en numerosas actividades arqueológicas, exposiciones, en las primeras charlas cara al público y en la gestión cotidiana de un museo pequeño y siempre corto de presupuesto, un escenario ideal para curtirse, refinarse y aprender a sobrevivir en la agresiva jungla que es un mundo como el nuestro atrapado en pinza entre la academia y el desinterés social y político.

El museo siempre fue un lugar acogedor y abierto para los investigadores, e impulsor de múltiples proyectos y publicaciones sin las cuales hoy la historia de la ciudad y de la bahía se escribirían de una forma sensiblemente distinta. Buena muestra de ello son numerosos libros y artículos sobre las épocas prehistórica, antigua y medieval que han tenido como objeto hallazgos depositados en el museo, y que en su día implicaron estancias en la institución, en las cuales sus pocos medios e infraestructuras intentaron siempre compensarse con la ayuda y asistencia ofrecida por mi padre y el resto de su personal. Lo se bien porque durante muchos años, entre la licenciatura y el tramo final de mi doctorado, pasé en el museo frío y calor a lo largo de los muchísimos meses empleados procesando todo tipo de materiales, tras los cuales conocía casi mejor que nadie la posición de cada caja u objeto en los almacenes. Lejos de parecer ahora, con la distancia de los años, una experiencia dura y negativa, los recuerdo con muchísima añoranza y cariño, como una oportunidad de convivir cada día con mi padre también en el trabajo, conocer y trabajar con fantásticos amigos y colegas (pues han sido muchos los que han pasado por esos mismos despachos y almacenes de Real 63), y contribuir en la medida en que pudimos sostener una institución modesta que cada vez contaba con menos atención entre la esfera política de la ciudad. Sin duda, la institución se impregnó en buena medida de su carácter y formas de hacer las cosas, tranquilas y con ilusión, lo que ha permitido que un pequeño museo local haya mantenido tantas fructíferas colaboraciones con numerosos equipos universitarios y otras instituciones, generando unos resultados muy por encima de lo que cabría esperar.

Mi deuda de gratitud con mi padre es por todo ello, como dije al principio, impagable, pero creo firmemente que es aún mayor la deuda que tiene la ciudad con él, agrandada inexplicablemente por el desarrollo de los acontecimientos en los últimos años. Se nos ha repetido machaconamente el mensaje de que “nadie es imprescindible”, y sería deseable que fuese así, pero todos los que nos dedicamos a esto de la Arqueología (sobre todo en el ámbito local), sabemos que desafortunadamente ese mantra está muy alejado de la realidad. A la vista del evidente deterioro que las infraestructuras municipales vinculadas

al patrimonio histórico-arqueológico han experimentado en los últimos años en paralelo al impulso o creación de otras ofertas culturales, y sobre todo de la disminuida atención social y política prestada a las ya existentes, cabe ser poco optimistas al respecto. Mi padre, en cualquier caso, siempre supo capear personalidades y legislaturas con la mirada puesta en objetivos de largo plazo, lo que permitió que durante muchas décadas prosperasen iniciativas y proyectos a pesar de que los apoyos (dentro y fuera) oscilaran.

Entre estos logros me gustaría destacar tres aspectos de su actividad, que creo que caracterizan muy adecuadamente los pilares de su actividad profesional en San Fernando. La divulgación social de la historia local fue siempre una prioridad en ella. Desde los cursos de arqueología que se impartían en los ochenta en la Casa de la Cultura hasta las actividades de difusión diseñadas para las visitas al museo municipal de las dos últimas décadas, este fue siempre un eje fundamental de las preocupaciones de mi padre. Sin muchos recursos, en ninguna etapa del museo, fueron numerosas las exposiciones y campañas de difusión, conferencias, y visitas a yacimientos organizadas para la ciudadanía en general o para grupos en particular (ha habido pocos congresos de entidad en la bahía en las últimas tres décadas que no visitasen o tuviesen sesiones con sede en el museo). Sin duda, la creación y fomento de los Encuentros de Historia y Arqueología de San Fernando, celebrados anualmente hasta 2004, fueron un hito en esta parcela. Se consiguió que durante dos décadas una ciudad sin memoria de su pasado lejano mantuviese una semana de conferencias dedicadas a debatir sobre las novedades arqueológicas de la ciudad, a rediseñar su historia y a definir su identidad. Su inexplicable final en 2004 (coincidente con la reinauguración del Teatro de Las Cortes), antes de ninguna crisis que nos dejase con los bolsillos vacíos y “justificase” dicha decisión, dejó a la ciudad huérfana del único mecanismo de unión existente entre el museo, los arqueólogos y la ciudadanía, una losa (sólo mitigada puntualmente con la edición de 2017) que probablemente tenga mucho que ver con la situación de postración de la actividad cultural local y que supuso un triste final para uno de los “hijos intelectuales” de mi padre. Durante años, profesionales, especialistas nacionales e internacionales pisaron las tablas de la Casa de la Cultura o del Palacio de Congresos para ponernos al día de hallazgos y teorías científicas de la ciudad y del mundo, ayudando a que los ciudadanos estuviesen informados sobre qué se encontraba en el término municipal y qué importancia podía tener, sin aspavientos ni espectáculos mediáticos. Con la perspectiva de los años, y tras darle los dos muchas vueltas a porqué salieron los Encuentros de la parrilla de actividades municipales cuando el salón se quedaba pequeño todos los años, no puedo dejar de preguntarme si la “competencia” con otros eventos culturales y el incentivar la desinformación pudieran haber estado detrás de ello.

Uno de los empeños más oscuros de mi padre a lo largo de estos años ha sido convencer a la ciudad y sus instituciones de que la historia de San Fernando empezaba mucho antes del siglo XVIII, y que contaba con un rico patrimonio arqueológico que conectaba con el de otras urbes de la bahía, tan trimilenario como el que más. Ha sido una labor ardua, llena de sinsabores, pero creo que el resultado final ha sido un rotundo éxito. Gestionar desde un museo local sin recursos la Arqueología Urbana de un municipio no es nunca sencillo (no faltan ejemplos sin salir de la provincia), pero se ha conseguido que algo impensable en los ochenta, sea hoy algo casi normalizado: el contar con una normativa urbanística que contemple la realización de actividades arqueológicas preventivas y que los materiales que éstas generan enriqueciesen la exposición del museo, en una dinámica espiral de construcción del discurso museístico e histórico. No ha sido un proceso sencillo porque evidentemente muchos sectores económicos descubrieron con desagrado que la Arqueología local entorpecería “el progreso”, pero a base de insistir, de paseos y vigilancia en horario laboral y no laboral, y de una relación de mutua confianza con la Delegación Territorial de Cultura, la situación actual es opuesta a la que se encontró a inicios de los ochenta a su llegada a la ciudad. El museo se convirtió así en el sitio de referencia para todos y para todo aquello relacionado con la historia local, foco de consultas, donaciones y avisos de lugares en riesgo. La redacción de una primera normativa arqueológica adjunta al PGOU de 1990 (en colaboración con el profesor José Ramos) pero sobre todo la elaboración de la Carta Arqueológica municipal en 2003 (en colaboración con el profesor Darío Bernal), ordenamiento vigente aún hoy, han sido los principales pasos adelante en esta parcela. Sería imposible glosar aquí los hallazgos que hoy pueblan las vitrinas del museo y las muchas páginas publicadas, pero cabe citar que sin la labor de vigilancia y la actuación

directa del museo desarrollando trabajos de campo hoy en día no contaríamos con los Hornos Púnicos (controles y excavaciones entre 1993 y 2003) ni con el Campo de Hockey (un paseo rutinario de inspección que desembocó en excavación) ni tampoco habría podido tener lugar la recuperación del propio contenedor actual de lo que queda del museo, el Castillo de San Romualdo (excavado entre 2000 y 2003 por el museo). El puzzle de la historia local ha recuperado piezas que no tenía, como la Prehistoria y la Edad Media, y ha podido avanzar exponencialmente en el conocimiento del pasado púnico y romano. Es, precisamente este, un aspecto esencial para contextualizar el éxito de este incansable trabajo: no sólo se ha detenido la destrucción de patrimonio y se ha normalizado la arqueología en la ciudad, sino que se ha publicado mucho (y bien) a nivel científico, consiguiendo una ratio de divulgación que ninguna otra de las ciudades de la mancomunidad puede igualar actualmente. Gran parte de lo excavado en San Fernando en los últimos treinta años está publicado, en diverso grado, como prueban las páginas de este mismo número de la revista, que son reflejo de una tendencia positiva que las tribulaciones recientes respecto a la ubicación y futuro del museo amenazan con revertir. La pérdida de estatus del museo con las obras y traslados de los últimos años ha hecho que parte de estas cimas conquistadas se hayan quedado en nada, pues por ejemplo ya los materiales que se recuperan en las intervenciones más recientes no se depositan en la localidad sino en el museo provincial. Tampoco se renueva la exposición de las salas habilitadas en el castillo, ni éstas tienen espacio para ampliar con novedades. No siempre el pasado fue mejor, aunque en este caso existen razones de peso para no ser optimistas.

Desde el museo también prestó mucha atención a las labores formativas, colaborando a través de los años con todo aquel que cruzó las puertas de la institución con una idea o con un convenio de prácticas bajo el brazo. Sería imposible aquí hacer alusión a los muchísimos alumnos en prácticas que han pasado estancias en el museo, bajo la tutela de mi padre y del resto del equipo, tanto historiadores como documentalistas, archiveros, bibliotecarios, artistas, conservadores de museos, restauradores, arqueólogos, técnicos de turismo, etc. Pero esta labor de formación y consulta va mucho más allá, pues me consta que han sido cientos las veces que se han recibido preguntas y peticiones de todo tipo sobre el patrimonio histórico local (desde consultas sobre piezas de la colección a otras sobre bibliografía o datos históricos), atendidas siempre desde el museo con el mayor esmero y atención. En la Arqueología ha sido, por razones obvias, en la parcela en la cual es más evidente el resultado de este buen hacer continuado, puesto que San Fernando es una “potencia” en las últimas décadas a la hora de producir arqueólogos tanto con destino a la Academia (muchos son profesores universitarios hoy) como a la actividad profesional libre (empresas o autónomos) o en otras instituciones. En los almacenes y despachos del museo dieron (dimos) sus primeros pasos, trasteando con materiales, dibujando, clasificando o aprendiendo a gestionar un museo. Hace no demasiado, cuando el mundo aún no había conocido los rigores de la pandemia, invitar al abuelo Sáez a participar en las clases de una de mis asignaturas en la Universidad de Sevilla me ha llenado de inmensa satisfacción y creo que ha terminado de redondear el círculo. Considero que ha sido un merecido broche de oro a su trayectoria como maestro, dándole la oportunidad de que siga transmitiendo sus conocimientos y experiencias a nuevas generaciones de arqueólogos, como ha hecho desde que cruzó el Río Arillo y se asentó en San Fernando.

Desde la Academia, la ciudadanía y las instituciones locales, a las que mi padre ha dedicado más de tres décadas, el mejor homenaje que podrían hacer a este antiguo empleado municipal es honrar su obra y su legado tomándose en serio, tanto como lo hizo él, lo relativo a la gestión del patrimonio arqueológico y devolviendo el museo a un estado operativo como mínimo similar al que tuvo hasta su traslado al Castillo de San Romualdo y a las dependencias de almacén del antiguo colegio Padre Franco. Como ya dije en artículos anteriores, las condiciones actuales de las instalaciones y el personal distan mucho de ser las ideales, y desde luego ni cumplen con los mínimos esperables para la difusión social del pasado local (una buena parte de lo expuesto en el museo de Calle Real 63 está almacenado) ni se dan tampoco las condiciones para que se vuelvan a desarrollar investigaciones ni proyectos de envergadura. El edificio del castillo ha quedado como una sala de exposiciones sin alma, usada para los más variopintos propósitos, el proyecto museográfico contemplado inicialmente no se ha llegado a ejecutar, y el personal adscrito a dicha institución decrece en número al mismo ritmo que baja su moral. Asistimos en paralelo a través de la prensa a un rosario de proyectos e inauguraciones de otros espacios culturales

en la ciudad, mientras el que ha sido su punta de lanza desde hace varias décadas languidece de una forma alarmante, falta de estabilidad, de presupuesto y de soporte e impulso político. Lo mismo cabe decir de los Encuentros (o iniciativas similares), que evidentemente tampoco han sido una prioridad de casi ninguna corporación municipal en las últimas legislaturas. También se puede señalar en el mismo sentido sobre la tutela de la gestión urbana, huérfana ahora de un hilo conductor y de alguien que vele, en horas de trabajo y fuera de ellas, porque la codicia o la ineficacia de algunos no borren para siempre retazos imprescindibles de nuestro pasado común. Los testimonios de afecto y amistad y los artículos contenidos en este número de la revista son elocuentes respecto a las muchas amistades cosechadas a lo largo del camino, pero también fiel reflejo de su trayectoria y del éxito de la labor de mi padre al frente de la arqueología de San Fernando. Hagamos un esfuerzo y demos continuidad a lo logrado por Antonio Sáez, en beneficio de todos, pues San Fernando no anda sobrado de elementos de cohesión e identidad comunitaria.